

La Guerra Civil de 1891

FERNANDO PINTO LAGARRIGUE*

Si hubo un conflicto armado en la historia republicana del país que con un mínimo de comprensión, tolerancia y paciencia podría haberse evitado, fue la guerra fratricida desencadenada en enero de 1891, dividiendo con odio a la familia chilena y enlutando a miles de hogares.

Las relaciones entre el Presidente Balmaceda y el Congreso Nacional se pusieron excesivamente tensas, a partir de mediados del año anterior, debido a las aspiraciones de dominio de la mayoría parlamentaria en la conducción de los negocios públicos, invadiendo las prerrogativas constitucionales del Jefe del Estado. Bien se pudo esperar que transcurrieran los meses que restaban para la expiración de su mandato y haber elegido, en la convención presidencial única y amplia de todos los partidos políticos propuesta en octubre de 1890 por el propio Balmaceda, un candidato que interpretara los anhelos de aquella mayoría opositora, al cual el Mandatario se había comprometido respetar.

Con la nueva modalidad implantada en la Ley Electoral de agosto de 1890,

* FERNANDO PINTO LAGARRIGUE.: Abogado, autor de numerosas publicaciones de su especialidad, ha sido catedrático universitario y autor también de *La Masonería y su influencia en Chile*, con varias ediciones; *Crónica política del Siglo XX* y de *Balmaceda y los gobiernos pseudo-parlamentarios*, Edit. Andrés Bello 1991. De esta obra reproducimos el capítulo sobre la Guerra Civil de 1891, con autorización del editor.

en que los electores de Presidente dejaron de ser elegidos por lista completa, debiendo emplearse el voto acumulativo que entrega amplias posibilidades a las combinaciones políticas y a las minorías, no cabe duda de que, a pesar de cualquiera intervención, habría triunfado el candidato de los opositores, pudiendo transmitírsele en paz el mando supremo de la nación.

Nada de ello ocurrió porque los políticos de entonces actuaron como enloquecidos, guiados por pasiones e intereses dignos de la peor crítica y olvidando los destinos superiores del país, que había logrado una situación preeminente en el concierto americano.

El Ejecutivo y el Congreso se incriminaban, mutuamente, de ejercer una dictadura presidencial o parlamentaria, en circunstancias de que las facultades y obligaciones de ambos poderes estaban claramente estipuladas y deslindadas en la Constitución Política de la República.

Durante el mes de diciembre de 1890 los dirigentes de los senadores y diputados opositores trataron de buscar aliados entre las filas del Ejército y la Marina. En un comienzo fueron muy pocos los oficiales del primero que estuvieron dispuestos a colaborar en un plan subversivo. Sin embargo en la segunda encontraron un ambiente propicio a su proyecto sedicioso.

Con el respaldo de la Armada, ochenta y nueve parlamentarios suscribieron, el 1º de enero de 1891, un acta abiertamente inconstitucional, deponiendo al Presidente de la República y encomendando al capitán de navío Jorge Montt Alvarez la conducción del alzamiento. El documento carecía de todo valor legal, porque las sesiones ordinarias del Congreso se encontraban en receso y no había sido convocado a extraordinarias.

Pocos días después, en la noche del 6 de enero, el vicepresidente del Senado, Waldo Silva Algüe, con el presidente de la Cámara de Diputados, Ramón Barros Luco, y otros parlamentarios opositores, se embarcaron en el blindado "Blanco Encalada", donde los esperaba Jorge Montt, y junto a unidades de la escuadra previamente concertadas, zarparon desde Valparaíso a las dos de la madrugada siguiente. En contestación a esta sublevación, Balmaceda firmó un decreto, asumiendo el ejercicio de todo el poder público necesario para combatirla y mantener el orden público.

A las siete de la mañana de ese día se reunieron frente a Quintero los blindados "Blanco Encalada" y "Cochrane", comandados por los capitanes Luis Alberto Goñi Simpson y Florencio Valenzuela Day; el crucero "Esmeralda", a cargo del capitán Pedro Martínez; la corbeta "O'Higgins", capitaneada por

Lindor Pérez Gacitúa, y la cañonera “Magallanes”, al mando del capitán Joaquín Muñoz Hurtado. Todos estos oficiales conferenciaron a bordo del “Blanco” con el capitán de navío Jorge Montt, el vicepresidente del Senado, el presidente de la Cámara de Diputados y con los demás parlamentarios embarcados, adoptando la estrategia a seguir.

Se acordó volver a la rada de Valparaíso, lo que hicieron al día siguiente, con la finalidad de invitar a la guarnición militar a unirse al pronunciamiento. Tuvieron por respuesta disparos de fusilería que hicieron algunos piquetes de infantería sobre sus botes, absteniéndose de contestarlos desde los buques por temor a la potente artillería de las fortificaciones del puerto a cargo del Ejército. Remolcaron al “Huáscar”, cuyas calderas estaban en reparación, se apoderaron de los transportes “Aconcagua” y “Amazonas”, de la Compañía Sudamericana de Vapores, y ordenaron a la nave alemana “Cleopatra”, que recién anclaba, les entregara un cargamento de modernos rifles austríacos adquiridos por el gobierno para regimientos de la zona central.

El comando revolucionario dispuso que el “Blanco” quedara por unos días bloqueando el puerto, que el crucero “Esmeralda” con el transporte “Aconcagua” siguieran a Talcahuano para levantar la guarnición de Concepción y que el resto de la escuadra fuese tomando paulatinamente rumbo al norte. El capitán Pedro Martínez, del “Esmeralda”, no tuvo acogida en la guarnición de Concepción. Las tropas permanecían leales al gobierno y el crucero debió escapar a bombardeos que se le hicieron desde tierra, por lo que continuó más al sur, en cumplimiento de otras instrucciones recibidas.

No obstante que la gran mayoría del Ejército del centro y sur del país estaba aún en contra de las fuerzas congresistas, el gobierno se había quedado sin buques de guerra. Sólo disponía de una media docena de botes torpederos para la defensa costera de Valparaíso. Pero venían en viaje por el Atlántico los cazatorpederos “Condell” y “Lynch” y se esperaba que pudiesen salir pronto de astilleros franceses los cruceros “Errázuriz” y “Pinto”, el poderoso acorazado “Prat” y las escampavías “Cóndor” y “Huemul”. Mientras tanto se armó en Valparaíso, con cañones de cierta potencia, el vapor mercante “Imperial”, que tenía rápido andar y desplazaba 3.300 toneladas.

Las otras instrucciones que Jorge Montt había impartido al comandante del crucero “Esmeralda” en su gira al sur, eran apoderarse de las minas de carbón de Lebu, cargando el máximo de combustible en su nave y en el transporte “Aconcagua”, operación que pudo realizar con facilidad. Además convenció al

general Gregorio Urrutia Venegas, que se encontraba en la zona, sobre la causa del Congreso, y seguido de cien hombres, entre oficiales y tropa, se embarcó en el transporte, que regresó al norte.

También el crucero “Esmeralda” debía capturar a las corbetas “Abtao” y “Pilcomayo”, que navegaban en los mares australes, y a los nuevos cazatorpederos “Lynch” y “Condell”, que venían de Francia. El comandante de la “Abtao”, capitán Alberto Silva Palma, cumplía un viaje de instrucción a guardiamarinas y aceptó de inmediato cooperar con los congresistas, porque era hijo del vicepresidente del Senado, Waldo Silva Algüe, a quien los revolucionarios consideraban como Vicepresidente constitucional de la República, en reemplazo del gobernante Balmaceda. Aunque el capitán Silva dejó a su tripulación en libertad de acción para decidir, todos lo siguieron.

Los ocupantes de la corbeta “Pilcomayo” se pronunciaron igualmente por el bando congresista y, junto con el cazatorpedero “Lynch”, cuya oficialidad también adhirió, quedaron en Punta Arenas esperando al “Condell”, que venía con unos días de retraso. Pero el gobernador de Magallanes, Samuel Valdivieso Soto Aguilar, logró ganarse a la marinería, apresando con ella a los comandantes y oficiales de ambos navíos. Dotados de nuevos capitanes, los envió a Montevideo para reunirse con el cazatorpedero “Condell” y esperar allí instrucciones del Gobierno. El crucero “Esmeralda” y la corbeta “Abtao” habían regresado al norte luego de un rápido desembarco en Ancud, donde recogieron cañones y pertrechos.

La intención de los congresistas era ocupar el Norte Grande. En ese lugar podrían obtener los derechos de exportación salitrera, y hasta allí las fuerzas gobiernistas sólo lograrían llegar en transportes marítimos fácilmente interceptables por la escuadra.

Como paso intermedio y con la finalidad de convencer a los regimientos de Coquimbo, La Serena y Ovalle para que se plegaran a la revolución, encomendaron a los capitanes de la corbeta “O’Higgins” y del transporte “Amazonas” que incursionaran sobre aquellas plazas. Aunque en un comienzo pudieron incautarse de algún armamento, fracasaron, porque fueron repelidos por tropas gobiernistas que acudieron presurosas desde La Calera, provocándoles alrededor de cincuenta bajas.

El ejército gobiernista en Atacama, Tarapacá, Arica y Tacna no pasaba de 2.300 efectivos, incluyendo las fuerzas policiales. Previendo la acción de los congresistas en dichas regiones, se enviaron urgentes instrucciones telegráficas a los intendentes para reclutar en forma rápida el máximo de contingente entre los habitantes locales.

Además de la lejanía del gobierno central y la dificultad de éste para el envío de refuerzos, el norte salitrero y su comercio, dominado por intereses extranjeros, eran contrarios al Presidente Balmaceda, debido a sus reiterados intentos de nacionalización. Por ello los sublevados consideraron que, aparte de apoderarse de los ingresos aduaneros del nitrato, encontrarían un ambiente propicio a la revolución.

El 13 de enero entraron en la rada de Iquique el blindado “Cochrane” y la cañonera “Magallanes”. Isidoro Errázuriz se encargó de comunicar por oficio, a los cónsules extranjeros, la determinación parlamentaria de inhabilitar al Presidente Balmaceda para el ejercicio de su cargo, siendo reemplazado, como Vicepresidente de la República, por Waldo Silva, en su calidad de vicepresidente del Senado.

Pronto comenzó una sublevación de la guarnición de Pisagua en apoyo a la causa congresista. El intendente de Tarapacá, Manuel Salinas González, envió para sofocarla un destacamento que no pasaba de cien hombres, a cargo del sargento mayor Marcos Valenzuela. En el camino fue interceptado por el coronel Estanislao del Canto Arteaga, a quien el gobierno había relegado a Tacna al sorprendérsele contactos conspirativos con parlamentarios y que, tan pronto supo del arribo de los revolucionarios, se fugó para colaborar con ellos. Se dirigía a Zapiga, también con menos de cien soldados para capturar un convoy de armamentos que se enviaba por tierra desde Arica a Iquique. El encuentro, que no duró más de media hora, dejó aproximadamente cuarenta bajas y ambos destacamentos se replegaron.

Días después, el 23 de enero, el sargento mayor Valenzuela volvió a marchar sobre Pisagua, ahora con cuatrocientos efectivos, y el coronel Del Canto salió a detenerlo con menos de trescientos. A las dos horas del combate, que en conjunto produjo alrededor de setenta bajas, los gobiernistas de Valenzuela dejaron de hacer fuego, porque se les agotaron las municiones. Los congresistas, creyendo que habían decidido pasarse a sus filas, se les acercaron amistosamente

sin desarmarlos. Aprovechándose de aquella suposición, los primeros tomaron en hábil maniobra las armas y municiones de los segundos, llevándolos prisioneros hacia Pisagua. El coronel Del Canto pudo evadirse, sin ser perseguido.

Las fuerzas revolucionarias que ocupaban Pisagua a cargo del capitán de la “Magallanes”, Joaquín Muñoz Hurtado, observando a lo lejos el gran contingente que se avecinaba, se reembarcaron sin presentar resistencia. Pero ese mismo día 23 de enero la suerte los había favorecido en el puerto de Taltal, donde el capitán del “Huáscar”, José María Santa Cruz, pudo ocuparlo sublevando a la población.

Cuatro días después el comandante del transporte “Cachapoal”, Vicente Merino Jarpa, en combinación con el coronel Del Canto, a cargo de más de trescientos hombres, dominaron Huanillos. Al día siguiente, Tocopilla y luego llegaron a Taltal, donde a fin de mes se les reunieron tropas transportadas desde la zona central.

La toma de Pisagua era objetivo fundamental de los congresistas para predominar en Tarapacá. Volvieron a intentarla con mayores refuerzos y con éxito el 6 de febrero. La operación estuvo a cargo del coronel Estanislao del Canto, mientras la escuadra lo apoyaba con sus cañones. Desembarcó un total de quinientos hombres en dos caletas, ubicadas al norte y sur del puerto, realizando un movimiento envolvente que le dio un rápido triunfo con menos de veinte bajas y provocando cerca de cuarenta a la resistencia gobiernista.

El 30 de enero había zarpado de Valparaíso el transporte “Imperial” del gobierno, comandado por el capitán Alberto Fuentes Manterola. Llevaba a bordo un contingente superior a trescientos soldados a cargo del coronel Eulogio Robles Pinochet y armamento para más de mil combatientes. En la bahía de Iquique tuvieron información de lo ocurrido en Pisagua, y Robles decidió recuperarla, avanzando hacia dicho puerto con una columna de trescientos hombres.

En conocimiento de la expedición de Robles, gracias al excelente servicio de espionaje que tenían los revolucionarios, Del Canto salió de Pisagua a detenerlo con mil soldados. Los gobiernistas se refugiaron en el cerro de Dolores, donde, el 15 de febrero, se desarrolló la desigual y sangrienta batalla que duró tres horas. El coronel Robles perdió alrededor de 250 hombres, entre ellos muchos oficiales, mientras los congresistas sólo tuvieron menos de sesenta bajas.

Robles y sus pocos sobrevivientes se refugiaron en Huara, a donde el

intendente Manuel Salinas le envió con premura los 600 hombres que le restaban para la defensa de Iquique. Junto con llegar este refuerzo el 17 de febrero, sobrevino la embestida de las tropas congresistas del coronel Del Canto, asesorado por el general Gregorio Urrutia. Ahora fueron derrotadas, perdiendo cerca de doscientos cuarenta soldados. Ambos jefes pudieron replegarse camino a Pisagua con el saldo de sus tropas.

Iquique había quedado desguarnecido por el envío de refuerzos al coronel Robles y, el mismo día en que los gobiernistas triunfaban en Huara, debieron soportar el desembarco de la marinería del blindado “Blanco”, comandado por el capitán Luis Alberto Goñi. El intendente Manuel Salinas, en la imposibilidad de defenderse, comunicó a Goñi que no habría resistencia y pidió a los cónsules extranjeros que fuesen a bordo a solicitarle garantías para la población.

Los revolucionarios designaron comandante de la plaza de Iquique al capitán de corbeta Vicente Merino Jarpa, quien requisó y remitió al “Blanco” y al transporte “Taltal” todo el armamento de los arsenales del gobierno. En la mañana del siguiente día, 18 de febrero, llegó la noticia de la derrota congresista en Huara y, previendo un avance hacia el puerto del contingente gobernista, se le ordenó a Merino Jarpa que reembarcara a su gente. Este pidió permiso para quedar en tierra con un piquete de marineros hasta el último momento para observar la situación.

Ocurrió que el coronel Robles no envió todas sus fuerzas desde Huara, sino una columna de aproximadamente 260 hombres, al mando del coronel José María Soto, la que apareció en la madrugada del 19 de febrero, avanzando hasta la plaza Prat y ocupando algunos edificios próximos a la aduana.

El capitán Merino Jarpa, que se había atrincherado con su piquete de cuarenta marineros en el recinto aduanero, se propuso resistirlos con la ayuda de otros tantos que desembarcaron del transporte “Taltal” para auxiliarlo. Por su parte, los cañones del blindado “Blanco Encalada” y del crucero “Esmeralda”, recién llegado a la bahía, comenzaron a impactar en los edificios que ocupaba el coronel Soto, obligándolo, después de perder más de 80 soldados, a convenir un armisticio. Entregó las armas y se le permitió embarcar con su gente en la caleta de Cavancha, lo que muchos no hicieron, pasándose a las filas congresistas. Merino Jarpa en su resistencia desde la aduana tuvo cerca de cincuenta bajas.

El contingente del coronel Robles, no obstante la merma producida en Iquique, se incrementó con tropas que el gobierno logró llevar al norte en los transportes “Matías Cousiño”, bajo el mando del capitán Policarpo Toro, e

“Imperial”, conducido por el capitán Alberto Fuentes, donde viajó el coronel Emilio Gana Castro, quien asumió el mando de las fuerzas gobiernistas. En total se alcanzó a reunir en Zapiga unos 1.600 soldados, que avanzaron por el interior hasta Pozo Almonte, al suroriente de Iquique.

Los congresistas se juntaron en Iquique, donde se trasladaron sus efectivos de Pisagua, alrededor de 1.700 hombres, bajo el mando de Estanislao del Canto, recién ascendido a general. Los acantonó un poco más al sur, en la localidad de Molle, y, desde allí, marchó hacia Pozo Almonte. En la mañana del 7 de marzo abrieron fuego, manteniéndolo ininterrumpido hasta el mediodía. Los gobiernistas respondieron con igual fiereza, hasta que debieron batirse en retirada. Tuvieron más de setecientas bajas y los triunfadores, alrededor de doscientas treinta. El coronel Eulogio Robles, que resultó herido, al igual que otros oficiales, fueron cruelmente masacrados. El coronel Emilio Gana condujo a los desmoralizados sobrevivientes gobiernistas hasta Arica, en una agotadora jornada de nueve días por el desierto, recorriendo más de 350 kilómetros. El 17 de marzo zarpó de Iquique en los transportes “Maipo” y “Aconcagua”, escoltados por el crucero “Esmeralda”, el jefe del estado mayor del ejército congresista, coronel Adolfo Holley Urzúa, con un contingente aproximado de 1.500 hombres. Desembarcó en la caleta Coloso y marchó sobre Antofagasta. La guarnición gobiernista más las tropas reclutadas en esta ciudad y sus alrededores sumaban 2.100 hombres. Pero en gran parte de ellos se observaba entusiasmo por plegarse a las fuerzas de Holley tan pronto arribara. Esta situación movió al coronel Hermógenes Camus Guzmán, que los comandaba, de acuerdo con el intendente Enrique Villegas Encalada, a comunicarla telegráficamente al gobierno.

En contestación, Camus recibió instrucciones de conducir su contingente, en cualquier forma, hasta Santiago. Era imposible hacerlo por vía marítima, y si hubiese dispuesto de transportes, el crucero “Esmeralda” se encargaría de destruirlos. No le quedó otro camino que emprender la larga travesía de 1.400 kilómetros por tierra. El 17 de mayo llegó a la capital y entregó al gobierno su división, disminuida en alrededor de doscientos soldados, que perecieron por las inclemencias del tiempo o porque quedaron rezagados.

A comienzos de abril, Estanislao del Canto se embarcó en Iquique con un contingente superior a los 1.800 hombres con destino al puerto de Arica. Aquí la guarnición gobiernista no pasaba de 600, incluyendo los recién llegados procedentes de la derrota de Pozo Almonte, a cargo del coronel Miguel Arrate

Larraín. Casi por iguales partes se dividían entre los dispuestos a resistir el desembarco congresista y los que deseaban pasarse a sus filas. Arrate, para evitar una masacre, decidió retirarse con los primeros a Sama y luego a Arequipa, donde dejó su armamento bajo custodia del gobierno peruano. Del Canto pudo ocupar con facilidad y sin derramamiento de sangre tanto Arica como Tacna.

Restaba a los congresistas ocupar la provincia de Atacama, misión que encomendaron al coronel Adolfo Holley, quien zarpó de Iquique hacia Caldera el 18 de abril con tres batallones, que, en conjunto, pasaban de 1.500 hombres. Este puerto carecía de fortificaciones y sólo contaba con la guarnición de Copiapó, consistente en 600 jinetes para toda la región, a cargo del coronel Tristán Stephan. Muchos de sus oficiales también eran proclives a no oponer resistencia y unirse a los invasores.

El gobierno había impartido instrucciones de no presentar batalla cuando la exagerada desproporción de las fuerzas auguraba una derrota, y conservar las tropas trasladándolas a la zona central para reforzar su defensa. En obediencia a estas órdenes el coronel Stephan viajó con ellas por tierra hasta Santiago.

Todo el norte, desde Tacna hasta Copiapó, quedó en poder de los congresistas, que, el 12 de abril, habían constituido una junta de gobierno con sede en Iquique. La presidió el capitán de navío Jorge Montt Alvarez y la integraron Waldo Silva Algüe y Ramón Barros Luco, actuando como secretario Enrique Valdés Vergara.

En los días siguientes se tomó juramento a los ministros del gabinete revolucionario. En Interior e Industria y Obras Públicas asumió Manuel José Yrarrázaval Larraín; en Relaciones Exteriores, Isidoro Errázuriz Errázuriz; en Hacienda, Joaquín Walker Martínez; en Guerra y Marina, el coronel Adolfo Holley Urzúa. Se comunicó la instalación de la junta a los países con los cuales interesaba mantener relaciones, acreditando ante ellos agentes diplomáticos; y todas las resoluciones del gobierno revolucionario que precisaban de publicidad comenzaron a difundirse en un Boletín Oficial.

EL BLINDADO "BLANCO" ES HUNDIDO EN CALDERA

Los cazatorpederos "Lynch" y "Condell", cuya construcción el gobierno había contratado con artilleros franceses y que permanecieron en Montevideo esperando instrucciones, fueron recibidos en Valparaíso el 21 de marzo y de

inmediato se les sometió a prácticas de combate durante cerca de un mes. Aunque sólo habían sido diseñados como defensa contra naves torpederas, a falta de otros buques, se les confió la misión de atacar las unidades de la escuadra que se presumían en Caldera efectuando la ocupación de Atacama.

En la mañana del 21 de abril zarparon al norte desde Quintero, donde realizaron su entrenamiento, el "Condell" y el "Lynch", al mando de los capitanes Carlos Moraga y Alberto Fuentes, respectivamente, acompañados del transporte "Imperial", ahora comandado por el capitán Emilio Garín. Dos días después, de madrugada, ambos cazatorpederos, sin esperar al "Imperial", del cual se habían distanciado, penetraron a la bahía de Caldera. En la oscuridad distinguieron dos buques de distinto tamaño. Pensaron que el más grande sería el "Cochrane" o el "Blanco" y el otro, el "Huáscar".

Se acercaron al primero, por ambos costados. El "Condell", a una distancia aproximada de 100 metros, disparó un torpedo de proa, que siguió de largo, y, luego de virar, dos de estribor, que tampoco impactaron. La nave, que era el blindado "Blanco", lanzó fuego nutrido contra el atacante, sin percatarse de que a su flanco opuesto se encontraba el "Lynch", que le disparó dos torpedos a menos de 150 metros. El segundo perforó la banda de estribor del "Blanco", ocasionándole una explosión tal que se hundió en menos de cuatro minutos.

De los 284 hombres que formaban la tripulación del blindado, murieron 171 marineros y 11 oficiales. También algunos de los civiles que se encontraban a bordo, entre ellos el secretario de la junta, Enrique Valdés Vergara. Se salvaron a nado el comandante Luis Alberto Goñi, su segundo Froilán González, 9 oficiales, 91 marineros y 6 civiles, uno de los cuales era el integrante de la Junta de Gobierno, Ramón Barros Luco.

Los dos cazatorpederos comprobaron que el otro buque, que creyeron era el "Huáscar", resultó ser el pequeño transporte "Bío Bío", y no lo atacaron por carecer de valor militar. Al salir de la rada de Caldera divisaron un vapor que tomaron por su transporte "Imperial", y se acercaron para reparar los desperfectos del "Condell" ocasionados por la metralla del "Blanco". Era el transporte "Aconcagua" de los congresistas, que estaba armado en guerra, con el cual se trabaron en un combate sin mayores consecuencias hasta que decidieron retirarse por temor de que acudieran en su auxilio el blindado "Cochrane" y el poderoso crucero "Esmeralda".

Otra expedición hicieron los cazatorpederos acompañando al "Imperial", que llevó tropas a Coquimbo, y luego siguieron hasta Iquique para mantener

atemorizada a la escuadra revolucionaria. Era preciso hacer estas escaramuzas mientras pudiesen salir de los astilleros franceses los cruceros “Errázuriz” y “Pinto” y el acorazado “Prat”, cuyas entregas el gobierno apremiaba y que se postergaban, debido a poderosas influencias de los congresistas.

Los dos cazatorpederos cambiaron disparos con el monitor “Huáscar”, la cañonera “Magallanes”, la corbeta “O’Higgins” e incluso con el blindado “Cochrane”, y siempre alejándose rápidamente gracias a su andar muy superior al de todas esas naves. Se cuidaron de no toparse con el crucero “Esmeralda”, que a su extraordinaria potencia bélica añadía gran velocidad.

De regreso, al amanecer del 21 de mayo, se presentaron en Taltal, donde destruyeron las baterías instaladas en la playa. Luego desembarcaron, atacando a la guarnición del puerto, que emprendió la retirada. Desfilaron por las calles del pueblo y en la noche se embarcaron, arribando a Valparaíso tres días después.

Estas incursiones mantuvieron inquietos a los congresistas, y tanto la Junta de Iquique como los comités revolucionarios de Santiago y Valparaíso decidieron buscar la forma para hacer volar con explosivos, en su fondeadero del puerto, a los dos cazatorpederos y al transporte “Imperial”.

Para realizar este peligroso proyecto se recurrió a la valentía y audacia demostrada hasta entonces por el joven Ricardo Cumming, comerciante muy apreciado en Valparaíso. Se había dedicado a embarcar solapadamente, con destino al norte, a revolucionarios que llevaba en botes desde distintas caletas hasta vapores mercantes que hacían la ruta del Pacífico. Era, además, uno de los hombres claves en la mantención de las comunicaciones secretas con la Junta de Iquique.

Cumming urdió un plan temerario con la complicidad del mayordomo del “Imperial”, Pío Sepúlveda, y del austríaco Nicolás Politeo, encargado del abastecimiento de comestibles al transporte y cazatorpederos. Disimulados en los bultos de alimentos comenzaron a llegar a bordo los explosivos. Hasta en algunos de los canastos previamente marcados que contenían las marraquetas de pan, éstas iban sin miga y llenas de dinamita.

Cuando llevaba dos o tres días dirigiendo la astuta faena, el cómplice de uno de los cazatorpederos lo denunció, y fue apresado. Tras un breve sumario militar se le condenó a muerte junto a sus partícipes Sepúlveda y Politeo. Varias influencias se movieron para tratar de conmutarles la pena. Algunos diplomáticos y el arzobispo Mariano Casanova hicieron ver al gobierno que sólo se trató de una tentativa, sin que se consumara el delito, pero no obtuvieron la clemencia solicitada.

Los tres fueron fusilados en Valparaíso, el 12 de julio, causando consternación general. Posteriormente, durante la administración del Presidente Jorge Montt, se dio en Santiago a la antigua Avenida de los Padres, el nombre de Ricardo Cumming.

Los congresistas sólo esperaban les llegase el armamento que habían adquirido en Estados Unidos y Europa, para iniciar la operación de desembarco en la zona central. La primera partida debía salir desde California, y con la finalidad de traerla a Iquique despacharon el transporte "Itata". Gestiones del plenipotenciario del gobierno de Balmaceda en Washington, Prudencio Lazcano Echaurren, aplazaron, mediante intervención de los tribunales norteamericanos, la entrega del armamento.

Tuvo éxito, en cambio, la adquisición en Europa. El 3 de julio arribó a Iquique el transporte "Maipo", que, en la bahía San Sebastián de la Tierra del Fuego Argentina, había transbordado el nutrido arsenal traído hasta allí por el vapor inglés "Wandle". Gracias a esta entrega, los revolucionarios pudieron equipar con moderno armamento a cerca de 10.000 hombres escogidos para la expedición al centro del país.

A mediados de mayo se había puesto a disposición de la Junta de Iquique el coronel Emilio Körner Henze, quien fuera contratado cuatro años antes como distinguido oficial prusiano para instructor y subdirector de la Escuela Militar, además de organizador y profesor de la Academia de Guerra. Pudo embarcarse en un mercante que hacía la carrera del Pacífico y, de inmediato, quedó como segundo del general Estanislao del Canto, que estaba designado jefe del ejército expedicionario. Su presencia fue fundamental para la preparación de las tropas congresistas, la enseñanza en el manejo del nuevo armamento y la formación de las tres brigadas en que se distribuyeron las fuerzas revolucionarias. También influyó en la estrategia a seguir durante la invasión de la zona central.

MATANZA DE "LO CAÑAS". DESEMBARCO EN QUINTERO. ENCARNIZADOS COMBATES EN CONCON Y LA PLACILLA

Terminados los preparativos y considerando que era peligroso postergar por más tiempo la expedición al centro del país, porque podrían salir de los astilleros franceses los dos cruceros y el acorazado del gobierno que barrerían con su escuadra revolucionaria, la Junta de Iquique decidió actuar. A fines de julio dispuso el embarque de las tropas.

En la primera quincena de agosto ya estaba a bordo de veinte vapores, entre transportes y naves de guerra, descontando sus tripulaciones habituales, el contingente aproximado de 10.000 hombres que formaban las tres brigadas del ejército congresista embarcadas en Iquique, Caldera y Huasco, hasta donde había llegado el dominio revolucionario. Quedaron, para la vigilancia de la zona ocupada, unos 2.500 soldados y el monitor “Huáscar” con el transporte “Toltén”.

Como jefe superior de la Armada y del Ejército subió al “Cochrane” el capitán de navío y presidente de la Junta Jorge Montt, acompañado de los ministros de Hacienda y de Guerra y Marina, Joaquín Walker y Adolfo Holley, respectivamente. Los otros dos miembros integrantes, Waldo Silva y Ramón Barros, permanecieron a cargo del norte con los ministros Manuel José Yrarrázaval e Isidoro Errázuriz.

En la mañana del 18 de agosto, los barcos se reunieron en alta mar frente a Quintéro. El crucero “Esmeralda” se separó de ellos, siguiendo a Valparaíso, donde, a distancia prudente de la artillería de los fuertes, hizo algunos disparos, volviendo a juntarse con el resto de los buques. Correspondían a la señal convenida con los comités revolucionarios para anunciar que ya habían llegado al sitio indicado del desembarco y que, conforme a lo planificado, procedía cortar las comunicaciones telegráficas y ferroviarias entre Santiago con el sur y Valparaíso para que no se pudiese incrementar la defensa de este puerto.

Todas las tentativas encaminadas a cumplir dichas misiones fracasaron y una media docena de revolucionarios fueron fusilados al ser sorprendidos por piquetes gobiernistas. El desenlace más sangriento ocurrió en el fundo Lo Cañas, de propiedad de Carlos Walker Martínez, cuando un grupo de jóvenes se propusieron volar los puentes del río Maipo y del estero de Paine.

Para cumplir su cometido, en la noche del 18 de agosto trataron de reunirse alrededor de 80 personas en las casas del predio indicado, pero el administrador les impidió hacerlo, argumentando que por pertenecer a Carlos Walker estaban permanentemente vigiladas por el gobierno. Se juntaron entonces en unas chozas de inquilinos próximas a la quebrada de Panul, a unas cuarenta cuadras de distancia. Entre ellos figuraban muchachos universitarios y de hogares acomodados, confundidos con gente modesta e incluso con labriegos de la zona que ignoraban la finalidad de la concentración. Muy pocos de los primeros portaban armas, pues sólo interesaba llevar explosivos para destruir los puentes.

La operación fue denunciada esa misma noche al comandante general de

armas de Santiago, general Orozimbo Barbosa Puga, quien envió un destacamento de caballería para impedirla. Al ser sorprendidos por los disparos de la tropa, algunos respondieron con sus escopetas y revólveres. Otros, que trataron de escapar, en su mayoría fueron alcanzados debido a la luna que iluminaba aquella noche y 16 de ellos perdieron la vida. Finalmente se rindieron pensando que se les respetaría porque su plan no se había cumplido, pero nueve jóvenes escogidos entre los de apariencia más distinguida fueron fusilados en el acto.

Al resto de los prisioneros se les condujo en la mañana siguiente a las casas del fundo, que fueron incendiadas. Más tarde separaron a ocho de los mejor vestidos y se les fusiló conjuntamente con el administrador de Lo Cañas. Aparte de estas víctimas inocentes, perecieron 33 de los complotados en la frustrada intentona. Sólo salvaron los que pudieron huir o se hicieron pasar por muertos en la cacería entre los matorrales y otros que, por su aspecto de inquilinos, indujo a pensar que habían sido forzados por sus patrones.

La matanza de Lo Cañas, sumada a otros fusilamientos anteriores, especialmente el de Ricardo Cumming con sus dos cómplices que causaron indignación, gravitaron en las represalias de los revolucionarios contra los balmacedistas cuando estuvieron vencidos.

El 20 de agosto, mientras el crucero "Esmeralda" con la cañonera "Magallanes" se dirigían a la rada de Valparaíso para impedir que intervinieran los cazatorpederos "Condell" y "Lynch", se realizó el desembarco de las tropas congresistas en Quintero bajo la protección del blindado "Cochrane" y la corbeta "O'Higgins". Tan pronto se organizaron en tierra, iniciaron el avance hacia el río Aconcagua. Los gobiernistas lograron reunir, bajo la dirección del general José Miguel Alzérreca Saldes, alrededor de 7.000 hombres, en su mayoría de la guarnición de Valparaíso que él comandaba, cubriendo con ellos una larga extensión para impedir el cruce del río.

A las siete de la mañana del siguiente día 21 se escucharon los primeros disparos provenientes del campo revolucionario y luego comenzó un cañoneo tupido desde ambas márgenes. Tres horas después el coronel Emilio Körner, que junto a Estanislao del Canto conducían las fuerzas congresistas, ordenó a la primera brigada atravesar el río en las proximidades de su desembocadura.

La profundidad obligó a llevar sus armas sobre las cabezas, recibiendo descargas gobiernistas desde las lomas de la ribera sur. Más de un centenar de los que cruzaron murieron alcanzados por las balas o ahogados al ser arrastrados por la corriente.

En la mañana de ese día 21 llegó a Concón el general Orozimbo Barbosa con algunos refuerzos desde Santiago para estudiar con el general Alzérreca las tácticas a seguir. Mientras el primero menospreciaba la capacidad bélica de los congresistas y pensaba que se les podía reducir fácilmente, el segundo sostenía que era conveniente dejar que todos atravesaran el río, aprovechando el tiempo para replegarse a Viña del Mar, donde se podía presentar una mejor defensa.

Por su parte, el Presidente Balmaceda tenía ordenado que no se entrara en acción hasta que llegase a Viña del Mar el grueso de los contingentes de Santiago y Concepción, los que subirían las fuerzas a 16.000 hombres aproximadamente. No obstante, dado que el resto de las brigadas congresistas se movieron rápidamente, terminando de cruzar el río y amenazaban cortarles el repliegue hacia Viña del Mar, Barbosa con Alzérreca decidieron presentar batalla para impedirlo, a pesar de las instrucciones presidenciales.

El encuentro, que fue una victoria para los revolucionarios, duró cerca de cinco horas. Los gobiernistas tuvieron alrededor de 2.200 bajas dentro de los aproximadamente 8.000 que participaron. Además, unos 2.000 soldados que cayeron prisioneros se pasaron a las filas de los vencedores, que pudieron capturar buena parte de la artillería y armamento de los derrotados. Con un número similar de combatientes, las bajas congresistas fueron menos de 1.200.

El ministro del Interior Julio Bañados Espinosa -que por enfermedad del titular de Guerra y Marina, general José Velásquez Bórquez, se encontraba en Concepción supervigilando la defensa para el caso de haberse producido la invasión por aquella zona- llegó a la estación de Quilpué con algunos de sus regimientos cuando ya se había librado la batalla de Concón.

Allí se encontró con tropas desmoralizadas procedentes de la derrota. Decidió retroceder con ellas y sus regimientos hasta Quillota para juntarse con el resto de las fuerzas que venían del sur y de la capital. Pudo concentrar más de 7.500 hombres, que viajaron en varios convoyes ferroviarios a Viña del Mar, donde, en la tarde del día 22 de agosto, se sumaron a las tropas que conservaban los generales Barbosa y Alzérreca, ocupando posiciones alrededor de la ribera sur del estero Marga-Marga para impedir el paso de los revolucionarios a Valparaíso.

Al mismo tiempo que se realizaba esta operación defensiva, los congresistas habían reunido sus tres brigadas en Reñaca y resolvieron romper, esa misma noche, las líneas gobiernistas apostadas en el estero. Se produjo un duelo de artillería entre ambas fuerzas, a la par que un cañoneo del "Cochrane" y del "Esmeralda" contra los defensores de Viña sin que se obtuviesen resultados favorables para ninguno de los bandos.

Los jefes revolucionarios, convencidos de la imposibilidad de romper el cerco gobiernista, determinaron movilizarse al oriente, hasta Quilpué y Limache, cortar las vías férreas para impedir el arribo de nuevos contingentes y atacar Valparaíso por el sur desde las lomas de La Placilla. Sus primeros movimientos fueron advertidos por vigías, pero se ignoraba aún si se dirigían a Santiago o pretendían virar para caer sobre el puerto.

El día 23 el ministro Bañados Espinosa designó a Orozimbo Barbosa como general en jefe del Ejército. Con los sobrevivientes de Concón y todos los refuerzos llegados desde la capital y Concepción, sólo se logró reunir aproximadamente 9.500 hombres, porque algunos regimientos con sus oficiales desertaron, uniéndose a los congresistas. Con tal incremento, éstos llegaron a contar con más de 11.000 efectivos.

Los observadores comunicaron a Barbosa que los revolucionarios no marchaban sobre la capital, sino a Valparaíso, haciendo un rodeo por el oriente. De inmediato el general ordenó desplazarse a La Placilla, ubicando sus tropas en los alrededores de la quebrada del estero del mismo nombre y en otra, próxima al camino de Las Cenizas. Eran posiciones estratégicamente favorables para atajar cualquier avance hacia el puerto.

Hasta el 27 de agosto demoraron las fuerzas congresistas para llegar y ubicarse a dos kilómetros de distancia de los gobiernistas. Poco antes de las ocho de la mañana del siguiente día 28, la artillería inició la batalla. El general Del Canto con el coronel Körner, además de la superioridad numérica, condujeron la operación con extraordinario acierto, dejando siempre la mitad del contingente como reserva, lo que permitió agotar a los gobiernistas. Estos terminaron por desbandarse a las tres horas del sangriento combate y parte de sus tropas comenzaron a plegarse a las filas revolucionarias.

El ministro Bañados Espinosa, considerando que el encuentro estaba perdido, tomó camino a Valparaíso. Los generales Barbosa y Alzérreca permanecieron en la línea de fuego y, para no exponerse a ser despedazados por la furia de los soldados que se precipitaron sobre ellos, resolvieron huir. A los pocos minutos se les dio alcance en una verdadera cacería donde fueron muertos a tiros y sablazos.

Las bajas vencedoras bordearon las 2.000 mientras las de los vencidos llegaron a cerca de 3.700. Ello probó, una vez más, que las guerras entre hermanos de un mismo pueblo son mucho más cruentas que las libradas por los países en conflicto.

El general Estanislao del Canto envió como parlamentario, para exigir la

rendición de Valparaíso, a Juan Walker Martínez, hermano de los revolucionarios Carlos y Joaquín. El intendente, contralmirante Oscar Viel Toro, se dio maña en prolongar las conversaciones sobre capitulación para que Claudio Vicuña, Julio Bañados, un conjunto de personajes de gobierno y también él mismo, pudiesen obtener asilo en el vapor alemán “Leipzig” y en el crucero norteamericano “Baltimore” surtos en la bahía.

Después del mediodía, entraron con su ejército a Valparaíso el general Del Canto y el coronel Körner, tratando de poner orden frente al gran número de habitantes que se precipitaron a las calles en manifestaciones de triunfo y de venganza contra los balmacedistas.

El cazatorpedero “Lynch”, que había quedado junto al molo a cargo de una pequeña tripulación con instrucciones de entregarlo a los vencedores, fue abordado por los primeros soldados que llegaron al embarcadero y, sin recibir orden alguna, acribillaron a sus ocupantes. El otro cazatorpedero “Condell” y el transporte “Imperial” pudieron escapar anteriormente hacia Callao quedando bajo custodia del Perú, donde sus tripulantes pidieron asilo.

En la tarde del mismo día 28 de agosto, por telegrama recibido desde Quillota, se conoció en La Moneda la derrota gobiernista. El Presidente José Manuel Balmaceda se reunió en la noche con el general Manuel Baquedano González, que se había mantenido neutral frente al conflicto, para pedirle que con su gran prestigio y ascendiente sobre los chilenos mantuviese el orden en la población mientras los congresistas entrasen a la capital. Baquedano, con el patriotismo que lo caracterizaba, aceptó asumir provisoriamente el mando y el Presidente se asiló secretamente en la legación argentina.

La tarea del general resultó embarazosa porque para haber reprimido a las pobladas, que dirigidas por revolucionarios enloquecidos con la victoria, recorrían las calles asaltando residencias de connotados balmacedistas, habría tenido que emplear las armas, lo que prohibió a la policía y a los destacamentos que aún quedaban en la ciudad.

El capitán de navío Jorge Montt con varios regimientos entró a Santiago el 31 de agosto y de inmediato tomó el mando mientras llegaban de Iquique los otros dos miembros de la Junta para constituirse en la capital, lo que ocurrió el 3 de septiembre. Conjuntamente y de acuerdo con los jefes militares que dirigieron las brigadas, se enviaron tropas a las provincias del sur, donde actuaron sin resistencia. Primaban ya los revolucionarios y a los balmacedistas no les quedó otro camino que conformarse con la situación.

Por desgracia, las represalias de los vencedores continuaron cobrando varias

víctimas. Entre muchas de ellas hubo que lamentar la del comandante Caupolicán Villota y la del joven ministro de Relaciones Exteriores Manuel María Aldunate Solar, que había asumido el 20 de mayo de ese año 1891 en el último gabinete del Presidente Balmaceda. A principios de agosto y continuando como titular de dicha secretaría de Estado, se le pidió trasladarse a Coquimbo para supervigilar las defensas, porque se presumía también un desembarco congresista en aquella región.

Cuando tuvo conocimiento de que la invasión se había producido en Quintero, regresó a marcha forzada con el contingente que comandaba Caupolicán Villota para sumarse a las tropas que amparaban la zona central. En los campos de Catapilco supo que los revolucionarios habían triunfado y que Balmaceda había dejado en el gobierno a Baquedano, quien le ordenaba rendirse y entregar las armas al general Estanislao del Canto. Acudió a La Calera y telegrafió a Del Canto, diciéndole que los soldados con el armamento estaban a su disposición en la hacienda Catapilco y que enviara de inmediato a recibirse de ellos.

Aldunate habría podido escapar, desde La Calera, tomando el camino de Los Andes hasta Mendoza; pero, con gran sentido de responsabilidad sobre la gente que había venido con él, regresó a la hacienda Catapilco. Allí llegaron el 3 de septiembre un par de regimientos congresistas para hacerse cargo del contingente. El ministro se entregó prisionero junto con su secretario Carlos Baeza Yávar y el comandante Caupolicán Villota. Dos oficiales con un piquete y sus tres prisioneros siguieron a La Calera, donde embarcaron a Baeza en el tren a Santiago. Los otros dos fueron llevados el 5 de septiembre al cerro La Palmilla, a veinte cuadras de la estación, en una de cuyas quebradas se les fusiló.

La indignante ejecución del canciller Manuel María Aldunate y del comandante Caupolicán Villota, dos días después de haberse rendido y entregado sus tropas y armamento sin haber participado en combate alguno, fue considerada un crimen inexcusable que refleja el odio y la venganza sanguinaria que se apodera de los hombres en una guerra civil.

Al Presidente Balmaceda, que estaba ocultamente asilado en la legación argentina, le llegaban por intermedio del plenipotenciario de dicho país, José Evaristo Uriburu, noticias sobre las persecuciones y represalias que se estaban cometiendo contra quienes habían sido sus partidarios y leales colaboradores. Ello fue influenciando su ánimo, al límite de llevarlo a considerar que la única forma de calmar a los vencedores era el sacrificio de su persona, determinando quitarse la vida.